

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Juan Pablo II

Mensaje

XVII ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ORACIÓN POR LA PAZ 2003 - AQUISGRÁN (ALEMANIA)

Entre guerra y paz, las religiones y las culturas se encuentran

8 de septiembre de 2003

Al venerado hermano cardenal Roger Etchegaray, presidente emérito del Consejo Pontificio Justicia y Paz.

1. Me alegra particularmente enviar a través de usted, señor cardenal, mi saludo personal a los ilustres representantes de las Iglesias y comunidades cristianas y de las grandes religiones mundiales, los cuales se reúnen para el XVII Encuentro internacional de oración por la paz, que tiene por tema: "Entre guerra y paz, las religiones y las culturas se encuentran". Deseo saludar en especial al obispo de Aquisgrán, monseñor Heinrich Mussinghoff.

Cuando, en 1986, quise iniciar en Asís el camino del que el encuentro de Aquisgrán es una etapa ulterior, el mundo todavía estaba dividido en dos bloques y oprimido por el miedo a una guerra nuclear. Al ver la urgente necesidad que tenían los pueblos de volver a soñar con un futuro de paz y prosperidad para todos, invité a los creyentes de las diversas religiones del mundo a reunirse para orar por la paz. Tenía ante mis ojos la gran visión del profeta Isaías: todos los pueblos del mundo en camino desde los diversos puntos de la tierra para congregarse en torno a Dios como una familia única, grande y

de paz. Cada año, personas de religiones diversas se encuentran, se conocen, alivian las tensiones y aprenden a convivir y a tener una responsabilidad común ante la paz.

4. Volverse a encontrar al inicio de este nuevo milenio en Aquisgrán es, una vez más, significativo. Esa ciudad, situada en el corazón del continente europeo, habla claramente de la antigua tradición de Europa: habla de sus antiguas raíces, comenzando por las cristianas, que han armonizado y consolidado también las demás. Las raíces cristianas no son una memoria de exclusivismo religioso, sino un fundamento de libertad, porque hacen de Europa un crisol de culturas y experiencias diferentes. De esas antiguas raíces los pueblos europeos han tomado el impulso que los ha llevado a tocar los confines de la tierra y alcanzar las profundidades del hombre, de su dignidad inviolable, de la igualdad fundamental de todos y del derecho universal a la justicia y a la paz.

Hoy Europa, al ampliar su proceso de unión, está llamada a recobrar esta energía, recuperando la certeza de sus raíces más profundas. Olvidarlas, no es beneficioso. Presuponerlas simplemente, no basta para estimular el espíritu. Silenciarlas, agota los corazones. Europa será tanto más fuerte para el presente y para el futuro del mundo cuanto más acuda a las fuentes de sus tradiciones religiosas y culturales. La sabiduría religiosa y humana que Europa ha acumulado a lo largo de los siglos, a pesar de todas las tensiones y las contradicciones que la han acompañado, es un patrimonio que, una vez más, se puede emplear para el crecimiento de toda la humanidad. Estoy convencido de que Europa, arraigada sólidamente en sus raíces, acelerará el proceso de unión interna y dará su contribución indispensable para el progreso y la paz entre todos los pueblos de la tierra.

5. En un mundo dividido, que impulsa cada vez más a separaciones y particularismos, hay urgente necesidad de unidad. Las personas de religión y cultura diversas están llamadas a descubrir el camino del encuentro y del diálogo. Unidad no significa uniformidad. Pero la paz no se construye en la ignorancia mutua, sino con el diálogo y el encuentro. Este es el secreto del Encuentro de Aquisgrán. Al veros, todos pueden decir que por este camino la paz entre los pueblos no es una utopía lejana.

«*El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz»* (Noyo millennio ineunte, 55). Por eso, debemos intensificar nuestro encuentro y